

EL FRACASO DEL CINE MEXICANO

José Alvarado*

Es curioso observar cómo coincide el éxito económico del cine mexicano con su fracaso artístico. Mientras más dinero obtienen los productores mexicanos, más malas son las películas que salen de su estudios.

No faltará quien atribuya esta coincidencia al mal gusto del público: casi siempre los espectadores son los que cargan con la culpa en estos casos. Sin embargo, el hecho de que todos los productores evolucionen en su calidad, se debe justamente a los consumidores: en todos los países donde se lee en abundancia se escribe y se editan buenos libros; el automóvil no habría llegado nunca a tener la comodidad y la elegante silueta que tiene hoy, si no hubiera tenido una gran cantidad de consumidores; la evolución del teatro, de la poesía y de la música se hubiera detenido hace mucho tiempo, si el público no lo hubiera alimentado constantemente. De este modo no se justifica pues, la anemia artística del cine mexicano, y menos aún con un público como el nuestro que tiene más de veinte años de ver buenas películas.

Pero ocurre también otra circunstancia no menos curiosa: a medida que los cinematografistas mexicanos disponen de más recursos técnicos, de más capacidades industriales, de más conocimientos y de más experiencia, sus producciones resultan más deficientes. Y nuestras horribles cintas de tres años acá, que tienen magníficos efectos de sonido y clarísima fotografía son peores que aquellos humildes films de hace seis años llenos de defectos sonoros y fotográficos.

* Desde muy temprano, apenas siendo estudiante en su natal Nuevo León, José Alvarado (1911-1974), se inclinó por el periodismo. Participó en el movimiento universitario de 1929 con el que se conquistó la autonomía en la Universidad Nacional y en la campaña opositora de José Vasconcelos. Su desempeño como maestro o funcionario en distintas escuelas y en la universidad se complementó con el periodismo. Escribió varios libros, publicó en numerosas revistas e hizo dos columnas memorables en los periódicos *El Popular* y en *El Nacional*. Este artículo se publicó en *Universidad: mensual de cultura popular*, noviembre de 1937, tomo IV, núm. 22.

Es más aún: ya puede asegurarse que hay algún buen director y dos o tres actores y actrices decorosos. No obstante, el cine nacional presenta un aspecto desmedrado que no ha conseguido superar en ninguna de sus producciones; apenas unos cuantos detalles aislados, perdidos entre las últimas películas han sido realizados con felicidad. El cine mexicano ha tenido siempre la apariencia de cine de aficionados y nunca ha logrado perder ese aspecto.

No podría decirse, sin faltar a la verdad, que existe el cine profesional en México. No bastan los esfuerzos y el talento de algún director, de algún fotógrafo o de algún artista, para lograr un cine verdadero; todas las capacidades positivas que existen dentro de algunos de los miembros de la industria cinematográfica mexicana, quedan disueltas y desorganizadas.

Esta cara que presenta el cine mexicano indica un vicio que podría llamarse de origen. En efecto, nuestro cine ha nacido desvitalizado, desarraigado: desde un principio apareció como una ingenua imitación de las películas comerciales norteamericanas de segunda clase.

El cine es, indiscutiblemente, una manifestación de las vibraciones sociales y, por lo tanto, una profunda dimensión de la cultura moderna; pero no puede insertarse el cine nuestro dentro de la cultura mexicana, porque no tiene sus raíces en la vida y en la sensibilidad de México. Aun las películas que han tratado de explotar artísticamente los recursos de la música y el paisaje nacionales, revelan toda la falsedad, toda la falta de vigor que estamos comentando.

Sin duda hay algunos elementos en nuestro cine lo bastante hábiles para encontrar la verdadera raíz del arte cinematográfico mexicano; pero un deseo de competencia técnica con los *films* norteamericanos hace olvidar lo que debería ser la preocupación originaria y fundamental: tratar de encontrar en la vida misma de México los valores que deban llevarse a la realización cinematográfica. Por eso el cine mexicano no es creador, no ha sido hasta hoy sino una pura repetición de fórmulas mal aprendidas.

El origen de las deficiencias de nuestro cine no es únicamente, como se ha dicho muchas veces, la falta de preparación de actores y actrices; la incompetencia de directores o fotógrafos. Si el cine mexicano hubiera sido auténtico desde un principio, ya hubiera creado sus propios elementos. El cine mexicano es insuficiente artísticamente porque es una expresión falsificada y anémica de una sensibilidad postiza que no está nutrida por la vida mexicana, ni engarzada armoniosamente en nuestra cultura. No existe uno solo de nuestros *films* que forme parte del arte mexicano, que pertenezca a la vida de México. No hay, en realidad, cine mexicano, como hay cine francés o cine soviético. La mejor película mexicana, cuando más, es una reproducción de un *film* yanqui. En esta situación se pierden todas las capacidades, todos los esfuerzos de alguna actriz inteligente y sensible como Andrea Palma, de directores aptos, como Fernando de Fuentes.

Además, todas las películas mexicanas de los últimos tiempos, constituyen una prolongada sucesión de chinas poblanas, de canciones populares desfiguradas, de chistes plebeyos y sin ingenio. Ninguna tiene argumento; ni fotografía ni música verdaderas. Cada una es un desfile desarticulado de escenas de relumbrón de pésimo gusto, unidas por un tema de cuento para chicos. Las escenas son ridículas; no hay uno solo de los personajes que tenga sustancia dramática; no existen situaciones bien construidas, conflictos positivos. Al final de la proyección nadie se da cuenta de si ha visto una revista musical, un vodevil, una comedia dramática o una película de vaqueros. Tienen, además de la falsificación, un desagradable servilismo. En efecto, no hay

EL ALMA DE MEXICO EN



El Coronel Torres, nuestro más devoto mantenedor del arte cinematográfico, acaba de regresar de la Hacienda de Queréndaro, hasta donde fue en busca de hombres y de circunstancias necesarias para su educación. Ha regresado después de una larga estancia en emociones y peligros. Los *films* interpolados en este hasta ahora no se habían intentado en la cinefilia nacional y de ahí que, curiosos de conocer algunas de su última película, acudimos a su despacho a verla.

El no habla amablemente y nos presenta a un soldado de grandes ojos rasgados y una dulce expresión.

La señorita Dola de Alajóira, que me ha acompañado únicamente en "El Coronel".

Algunos creemos que si el temperamento artístico de la Alajóira se halla a la altura de su belleza, el Coronel ha hecho, simplemente, una magnífica adquisición.

El nos ha guiado al calabozo y descomponiendo: "¡Muy muy satisfecho de mi película porque es una historia, un poema épico, que yo mismo vi en la guerra. Para qué interpretar "cuales" y señoritas de la alta sociedad somos, ante todo, hombres nuevos, a los que no puede distinguirse por su "ambigüedad".

Es la historia de un muchacho campesino en la frontera. Allí se retrata fielmente a los ladrones que se muestran luchas silenciosas y terribles al borde de la muerte; se habla del amor sincero y espontáneo de los hombres de lucha y acción. No era nada, mi señor.

En la película aparecen indios valerosos y castos y miserables aún. Nos... México tiene bellezas imponibles y los verdaderos hombres de hacienda no son los ex-

traños, sino los hijos de peñoles. "El año Diez" es el año de México. Era que si los americanos están con un William Hart o un Douglas Fairbanks, se necesitan actores que, como ellos, sientan

una sola escena, una sola fotografía que no esté escrupulosamente calculada para halagar a los turistas: formando un Mexiquito dulce, tierno, empalagoso y romántico reconstruido especialmente para las leves y apergaminadas señoritas con anteojos que llenan las tiendas de curiosidades.

A pesar de la enorme riqueza de temas que pueden ser explotados en el cine mexicano, no existe hasta la fecha una sola cinta con un argumento por lo menos decente; a pesar de la capacidad dramática que pueden desarrollar algunas de nuestras actrices, no ha podido crear el cine mexicano un tipo femenino interesante y sugestivo; no obstante que algunos directores tienen una habilidad indiscutible, desperdician sus aciertos en realizaciones mediocres y vacías: tal vez con la única excepción de *Las mujeres mandan*, no hay una sola película que muestre íntegramente la capacidad de nuestros directores.

Los vicios fundamentales del cine mexicano son, pues, su falta de autenticidad y su servilismo colonial, al gusto de los turistas: por una parte imita las puras formas muertas del cine americano de segunda, por la otra sirve a una curiosidad aventurera e inepta. De ese modo no puede crear nunca elementos vivos, ni satisfacer la verdadera necesidad artística del público mexicano universal. Por eso se explica que fracase a pesar de sus elementos humanos, de su evolución técnica y de su auge mercantil.

Sin embargo, la bonanza comercial que sólo proporcionan los espectadores sufrirá un golpe seguro si los productores no cambian de táctica, porque no se puede engañar impunemente una sensibilidad colectiva que debiera dirigirse y educarse.



Foto: Fondo Díaz, Delgado y García, AGN